

debe contribuir al bien comun. Esta fruslería á la que Juan llamaba gloria, procuraba yo trocárla en gloria verdadera y natural. Así es que Juan, que poseía una vanidad harto noble, se embriagaba por las idealizaciones que yo presentaba.

Tonino escuchaba todo lo que se decía con sus grandes y hermosos ojos admirados y vueltos hácia Felicia para saber lo que debía opinar sobre mis teorías. Felicia no podía decírselo puesto que estaba más admirada que él, y, despues de mis vanos discursos, decía ella:

—Todo esto cae sobre mí. Los hombres no me han hecho sino daño, no puedo por lo tanto bendecirles ni amarles, y no siento la menor necesidad de servirles. Que digan lo que quieran, les daré mi vida: y no me la agradecerán. Yo no creo que haya nadie que sirva al progreso de buena fe. Es este un gran nombre inventado para cubrir ambiciones personales y hacer pasar un vicio por virtud.... Sin embargo, no os incomodeis contra mí, M. Sylvestre; ¡estoy segura de vuestra sinceridad! de que creéis lo que decís, de que teneis un gran corazón, que teneis necesidad de amar, y que tal vez no habeis encontrado nadie que fuese digno de vuestra amistad: y por esto habeis resuelto amar á todo el mundo. ¡Ojalá fuera yo como vos! esto me haría olvidar de que todo el mundo es injusto y malvado; pero yo no puedo perder la memoria, y por esto me adhiero á quienes debo y les amo por egoísmo, olvidando por ellos todo lo que de mí resta: esta es mi manera de amar. Ya sé yo que no vale ello para nada; pero haríais un gran milagro si lograseis cambiarme.

XII

Los aguaceros en el mes de Febrero, fueron terribles; arrastraron las aguas una montaña de piedras en la parte alta sobre nuestra isla; pero nuestra barrera no cedió, y los guijarros se vieron precisados á deslizarse contra ella sin penetrar en nuestro cercado.

Lleno de alegría, me dijo Juan:

—¿Sabeis, M. Sylvestre, que es ya hora de arreglar nuestros negocios? Vais á decirme qué parte quereis en mis beneficios; y como no es del caso que espereis, estoy dispuesto á adelantáros lo que querais.

—Partireis, le dije, vuestros beneficios en cuatro partes: las dos principales para vuestra hermana y para vos, y las dos restantes para Tonino y para mí. Arreglad esto en el tiempo y forma que mejor os parezca y no me adelanteis nada. Pagadme solamente mis jornales, como venís haciéndolo desde que trabajamos.

—Se me hace un tanto cuesta arriba, eso de pagarle jornales á un hombre de vuestras condiciones, como si se tratara de un simple bracero, y de que no tengais á la vista algo en que fundar la menor esperanza.

—La verdad es que resulta vergonzoso para vos, Juan, dijo Felicia que nos estaba oyendo. Yo misma me sonrojo, y si me atrevo.....

—No tengo ni me hago ilusiones, repuse yo, y vos prevenís todas mis necesidades. Vivo como un príncipe en su palacio; buena cara, buena casa, buen fuego, y limpieza exagerada. Tengo con que arroparme bien en invierno, bien cuidada y conservada mi ropa interior. Creo que si sacáramos cuentas sería yo quien saldría debiendo. Dejemos pues la cuestion de dinero, que á nada bueno conduce jamás y que me desagrada.

No se habló más de ello; y al llegar la primavera, reemprendimos los trabajos con nuevo ardor.

Habiendo ya dejado trabajo largo á Juan y á su brigada de obreros, subíme yo al *Bolo* y me instalé en el chalet abandonado de Zemmi, que habia resistido perfectamente las injurias del invierno. Tonino por su parte me ayudó á asegurarlo del todo. Felicia quiso traer por sí misma todo lo que pudiese hacerlo más soportable, y yo me alojé en él por unos quince dias al objeto de observar el deshielo de las nieves y la formacion del Brame, detenido todavía en aquella época del año bajo los hielos, y estudiar los medios de darle la direccion necesaria á nuestra pradera.

Es sabido que los chalets de la montaña, los verdaderos chalets, porque se da impropriamente este nombre á las ricas casas de madera de los valles, son verdaderas chozas de pastores ingeniosamente construidas sobre un plan bastante exíguo, al objeto de dar el menor pasto posible al paso de los huracanes. No hay más que el sitio indispensable para dormir bajo techo y sin ahogarse. Pero el chalet de Zemmi, que con-

serva aún el nombre de su antiguo propietario, se componia de dos cuerpos de edificio, estando el más espacioso destinado á cobijar las cabras jóvenes. De éste hice yo mi oficina, poniendo un cristal al tragaluz, pertrechándome de dos sillas, y de una mesa rústica, destinando uno de sus rincones á tocador.

Cada dos dias recibia mis provisiones de boca; estaba allí como un sibarita.

Hacia ya tiempo que deseaba tener un claro vacante para pasar enteramente solo algunos dias, lo cual ha sido siempre en mí una especie de manía, ó tal vez una necesidad de mi carácter. Cuando estoy entre mis semejantes, mi imaginacion se ocupa de ellos exclusivamente, así sea para ayudarles á vivir, como para averiguar el por qué viven mal, olvidándome en absoluto de vivir por mi cuenta. Cuando advierto que he hecho por ellos todo lo que me ha sido posible y que ya no les soy necesario, ó lo que es más frecuente, que ya no les sirvo para nada, siento la necesidad de vivir con este yo interior que se identifica con la naturaleza y con el sueño de la vida eternal en lo infinito. La naturaleza, lo sé bien, habla dentro del hombre más que dentro los árboles y las rocas; pero habla como una loca, delirando con mayor frecuencia que raciocinando, porque está llena de ilusiones ó de mentiras. Los mismos animales salvajes se ven acosados por la necesidad que nos impide saber lo que piensan y si sus desconocidas manifestaciones son tal vez erróneas. Desde que sienten necesidades y pasiones, deben satisfacerlas á toda costa, y toda la lógica de su instinto de conservacion, debe ceder á la lógica salvaje del hombre y el amor. ¿Dónde pues encontrar, ó dónde sorprender la voz de la verdad absoluta en la naturaleza? ¡Ay! en el silencio de las cosas inertes; en el mutismo de lo que no miente; en el impasible semblante de los peñascos

en que bebe el sol, en la frente sin sombras de la nevera que refleja la luna, la triste altura de los lugares inaccesibles ejerciendo en nosotros una severidad inexplicable. Nos sentimos allí como suspendidos entre el cielo y la tierra, en una region de ideas donde no puede encontrarse más que Dios ó la nada, y, si es la nada, sentimos naturalmente que nada somos, y que ni aún existimos, porque nada no puede pasar de su razon de ser.

El misterio resulta impenetrable cuando se le quiere someter á los cálculos de la experiencia. Asimismo se escapa á aquellos de la más razonadora lógica; pero Dios se prueba precisamente en la falta de pruebas á nuestro alcance. No sería nada superior á nosotros, si cupiera en el criterio de nuestras demostraciones. Las nociones que tenemos de su existencia en una esfera, en la que no entramos sino á condicion de sentirnos superiores á nosotros mismos, donde la fe es una intrepidez del corazon, una sobreescitacion del espíritu ó una hipótesis del génio; este ideal del sentimiento, y donde todo razonamiento se encierra en dos palabras: Dios es, porque le siento.

Extraviábame yo en estas contemplaciones de una sencillez tan extremada como deliciosa, cuando vinieron á llamarme á la tierra ciertas emociones tan extrañas como inesperadas.

XIII

CUARTA mañana, llegué á créerme el más feliz de los hombres, puesto que habia olvidado mis penas y me encontraba completamente solo y libre. La vasta pradera del *Bolo* empezaba á brillar entre las doradas irradiaciones de los primeros besos de la aurora. Aquel lugar que parecia á propósito para ser considerado mortalmente triste á unos ojos distraídos, parecíame admirable del todo. Ni un árbol, ni una breña, interrumpia la solemne uniformidad de sus tintas verdes, ni disminuian la gracia de sus curvas atrevidas ó suaves. Los picos cercanos más elevados, limitaban el horizonte con sus atrevidas cresterías de espléndidas nieves. Las alondras cantaban sobre mí, no sé donde, en alguna region que sería un zénit para los habitantes del llano y un nadir para mí. El ventisquero que se interponia aún, entre el sol y la parte baja de la pradera, aparecia como coronado de rosas en la cumbre y guarnecido de esmeraldas en su base. La atmósfera estaba despejada y límpida, ni aún el más ligero soplo de la brisa rizaba el dócil verdor de la rociada yerba. Toda aquella calma habia penetrado en mi espíritu; nada pensaba; vivía,

por así decirlo, una vida latente, como las masas de hielo y de granito que me rodeaban...

La aparición de Felicia en aquella hora matinal, y en medio de aquella solemnidad de la aurora, me sorprendió como un



acontecimiento de imposible prevision. ¡Y, sin embargo, nada más natural! Admiróse ella, más fundadamente, de mi admiración.

—No he dormido en toda la noche, me dijo; sentia un gran

dolor de cabeza; he querido dar un paseo, y, al objeto de estar de vuelta para servir el almuerzo á mi hermano, he salido cuando alumbraba aún la luz de la luna. Me he traído este cesto, porque Tonino se olvida siempre mil cosas necesarias. He venido á buen paso, porque se sentia aún bastante frio á la salida. Ahora siento calor; descansaré un momento y me volveré luego. No os incomodeis por mí.

Dándole gracias por su galantería, intenté decirle que no me incomodaba, puesto que me habia sorprendido sin hacer nada.

—Sí haciais, dijo ella; ¡pensabais! Y es una dicha para vos el pensar, ya lo sé. No teneis necesidad de otras personas para ser feliz. La dicha agena es una de vuestras ocupaciones, pero no vuestro tormento, y la satisfaccion de vuestra conciencia os basta.

—¿No sois vos como yo?

—No, y mil veces no: os equivocais. Vos no me conoceis. Yo quisiera que álguien, aunque no fuese más que una sola persona en todo el mundo, me hiciera justicia y comprendiese lo que yo sufro.

—¿Sufrés pues, á veces? Ya me lo he figurado, y creído adivinarlo; pero vos no quisisteis nunca dejar que lo manifestara, y es esta la primera vez en que convenís en ello.

—Es preciso que convenga ya que disimulo.

El valor tiene sus límites, vos lo habeis dicho. ¡He llegado al término del mio!

Y como yo permaneciera silencioso, añadió ella con cierta graciosa amargura:

—Pero esto á vos no ha de importaros, ¿es cierto?

—No, es verdad, respondí, y yo quisiera haceros algun bien; pero os creo muy recelosa y pronta á recoger vuestra confianza, y llevada por vuestro espíritu de contradecir á los demás, aún á vos misma, que no me atreveria nunca á interrogaros.

—¿Es decir, que soy un sér imposible? Decidlo, á ver, he venido expresamente á encontraros para hacer que me lo dijerais.

Y así diciendo, ocultó su cara entre ambas manos y rompió á llorar.

Era la primera vez que la veia llorar, tanto que habia llegado á creer que no lloraba jamás. Aquella debilidad femenil que se manifestaba por fin, me enterneció tambien. Tomé sus manos entre las mias, le hablé como un amigo verdadero, ofreciéndole toda la benevolencia de mi corazon y todos los servicios de que yo fuese capaz.

—No, no, respondió ella sin dejar de llorar; vos no me amais; ni me amareis jamás. ¡Nadie me ama, nadie puede amarme!

Intenté probarle que estaba injusta con respecto á su hermano, que le hacia completa justicia, y sobre todo con Tonino, quien sentia por ella una especie de adoracion.

—¡Ah! dejemos tranquilo á Tonino, exclamó interrumpiéndome con acritud; ¡no se trata de este niño ahora!

Advertí que volvía ella á caer en la necesidad de luchar contra la propia amistad, de la cual imploraba socorro con sus lágrimas.

Intenté por vez primera dominar aquella naturaleza rebelde, y la regañé paternalmente.

—Teneis enferma el alma, la dije, y vuestras pasadas no pueden ser una excusa. Yo he sido más desgraciado que nadie, os lo aseguro; porque cuento veinte años más que vos, y no he tenido como vos la compensacion de poderme sacrificar útilmente. Mi trabajo ha sido estéril, y además yo soy un hombre bastante débil, mientras que vos sois una mujer fuerte. Yo soy pacífico y sensible, no sabiendo tampoco combatir la

desgracia con mis propios recursos. Yo no lucho; el primer pesar que intenta aplastarme, me aplasta; mientras vos permanecéis impertérrita en medio de vuestra valerosa altivez, yo caigo derribado rodando por el suelo como un chiquillo. Sin embargo, no me permito arrogarme el derecho de llamarme desesperado, porque no soy malo, y despues de sucumbir al peso del dolor, me levanto y me marchó. Y eso no es que yo tenga una gran virtud, ni es tampoco que os haga falta; no es sino que sois demasiado estóica y dura para con vos misma. Lo que yo tengo es lo que vos no quereis tener: es fe.

No es esto que pretenda hablaros de creencias religiosas, no me permito bajo ningun concepto interrogaros acerca de ellas; pero vos no creéis en la humanidad, puesto que quereis reunir la en dos ó tres personas á las cuales amais y á las que la costumbre de negarlo todo os impide creer. Esta especie de ruptura que habeis realizado en el fondo de vuestro corazon con toda idea de union moral con la sociedad, os ha precipitado en la misantropía, y la misantropía no es sino orgullo.

Habeis hecho cuestion de honra la resistencia al horror del aislamiento, mientras que deberiais haberla hecho únicamente de arrancar y perdonar la intolerancia, y sufrir el perjuicio de las heridas que habeis recibido. En fin, estais viviendo en medio del odio de un resentimiento eterno contra el mundo, sin advertir que conservais su alejamiento con el vuestro y su tiranía con vuestra rebeldía. Este lugar en el que os obstináis en permanecer, agria vuestros raciocinios y trastorna vuestro juicio. En él apareceis exigente hácia los mismos á quienes acariciáis, y si no poneis en ello mucho cuidado, vuestro afecto tomará el carácter de despotismo. Hay en vuestra manera de ceder á las fantasías ajenas, cierto desaliento y menosprecio, y cien veces al dia levantais la mano para romper vuestros ídolos, cuando os seria tan fácil dominarlos como yo los domino, con la persuacion.

No sé qué más le dije aún sobre el mismo tema.

Escuchábame ella con melancólica atención, como si mis palabras la agobiaran sin convencerla, y sin embargo, cuando me detenía me decía enseguida: "Proseguid, seguid hablando, haced que yo os comprenda," y cuando yo iba á cambiar de actitud: "Guardad, guardad mis manos entre las vuestras frias, decía; tengo calentura y vos me las templais.."

Cuando le hube dicho todo lo que yo creí ser el análisis de sus males, pidióme ella un remedio pronto y miraculoso, como si fuese yo un brujo ó un santo.

—Vais á indicarme lo que es preciso hacer para cambiar mi manera de ser, dijo. ¿Quereis que yo sea alegre, amable, que invite á los vecinos, que dé conciertos, que asista á fiestas, que vista con lujo y elegancia y que aparezca coqueta? Es esto lo que me aconsejais? Puedo hacerlo; pero el secreto de encontrar placer en todo esto, ¿dónde está? puesto que no me lo....

—¡Pero si yo no os aconsejo nada de lo que estais diciendo! Ignoro completamente qué clase ni número de relaciones podriais entablar y las ventajas que os produciria el retirlas. Yo os he hablado de reanudar el lazo social, sin permitirme ninguna alusion particular á la manera de reanudar este lazo; yo no soy en manera alguna un hombre de mundo, y por los hechos, yo he roto con él mejor que vos. Sin embargo, existen reconciliaciones que se hacen en el corazon cuando quiere uno curarse, y en el único orden de cosas sobre el cual puedo y quiero aconsejaros, es en el orden puramente moral é intelectual. Vos sois noble, mi querida Felicia, pero no resultais suave. Os es imposible serlo con el partido que habeis tomado de despreciar todo lo que no seais vos. Pues bien, reflexionad de una

vez, una sola vez en vuestra vida; ¡pues creo que jamás lo habeis hecho!

—Es verdad, dijo; creo que ni sé ni puedo reflexionar. Haced que reflexione; ayudadme á ello. Demostradme que los demás valen más que yo.

—Individualmente es muy probable que la mayor parte de las gentes no os aventajan, pero la humanidad tomada en conjunto tiene un valor inmenso que el individuo no puede reunir en sí, sino á condicion de comprenderla. Amaos á vos en la humanidad, amad á la humanidad en vos. Decid, por ejemplo, que la humanidad sufre porque vos sufrís, y que vos sufrís porque ella sufre. La condena que habeis sufrido, ¿de dónde procede? De la falta de caridad ajena. Esta es la causa de todos vuestros males y de los contratiempos que han turbado la union de vuestra familia.

Ahora bien, si la caridad está en vos compadecereis á los demás de no poseerla, y desde el momento que uno compadece, perdona. ¿No perdonais? Pues bien, falta la caridad en el espacio de tierra en que vivís, y como allí falta, falta para vos en todo el mundo; y vos no quereis hacer que penetre en vuestra casa, ni en vuestras creencias, ni en vuestra alma; vos la víctima de un mal del que deberiais apreciar la enormidad, no pensais en las numerosas víctimas que dicho mal produce; sin más que ellas á compadecer y amar, bastarian á enternecer y llenar vuestro corazon.

Pues bien, sabed que los que hieren son aún más desdichados que los heridos, porque carecen del placer de ser inocentes. El que se casa con el mal no puede dormir. La humanidad es pues un caos de errores y un abismo de sufrimientos. Dichosos únicamente aquellos que sienten la piedad en sus entrañas, porque de ellos es de quienes puede decirse, que serán consolados en este mundo. ¿Cómo? preguntareis. Voy á contestaros desde luego: no odiando.

—¿Esto es todo? exclamó Felicia emocionada. ¡Puede no haber odio y sí indiferencia!

—¡No, no! repuse; la indiferencia no existe ni puede existir. La indiferencia es la negación del alma y el vacío del espíritu. Los pobres salvajes de la montaña son tan indiferentes cuanto dejan de ser hombres. Cuando se es hombre verdadero, cuando se ha sufrido, cuando no odiamos, es cuando amamos inmensamente á nuestra raza.

—¿Y por qué, en conclusion, hemos de amarla, cuando somos desgraciados por culpa suya?

—Y vos, Felicia, ¿no habeis sido desgraciada por culpa vuestra?

—¡Hé aquí una palabra terrible, M. Sylvestre! ¡Cómo! ¿vos que todo lo perdonais, me la echais en cara?

—¡Nunca! vos pecasteis, por ignorancia, porque erais una niña. Pues bien, la humanidad es niña también, y es la ignorancia el origen de todos sus errores y de todos sus infortunios. Amadla por su credulidad, por su ceguera, por su debilidad, por su necesidad inherente de amar y ser feliz, por todo lo que os dé derecho á vos misma de ser amada.

—¿Es decir que tengo derecho de ser amada? Hé aquí lo que me pregunto yo á cada paso, lo cual me apena de continuo, puesto que el mundo me contesta siempre: ¡no! El mundo, si no he entendido mal, sois vos y soy yo; es toda persona que ha sufrido la ley de la sociedad. Pues bien, á pesar de todo lo que acabais de decirme, suponed que somos jóvenes y libres, vos y yo, y que la intencion de uno y otro fuere la de casarnos, no sería por cierto yo á quien escogeriais. Prefeririais indudablemente otra que fuese digna y honrada, una joven pura y sin fortuna, y aun que careciese de educacion y de inteligencia, á una joven despreocupada y deshonrada como yo.

—Estais en un error, Felicia. Lo que me haria preferir una joven pura, no sería la pureza de su reputacion, sino la

de su alma. Yo me preocupo muy poco del que *dirán*, y no es porque le desprecie, pero por ser preciso afrontarlo frecuentemente por cambiar poco á poco la malevolencia en amabilidad. Lo que yo estimaria en una joven virgen de corazón, es la rectitud y la sencillez de sus pensamientos. Abrigaria la esperanza de ilustrarla si fuese inculta, haciéndola participar de mi salud moral. Tratándose de vos, semejante esperanza sería un error; vos apreciáis la desgracia por su peor lado, y me espantaria de tomar por esposa la personificación de la duda y el desprecio de todo.

—¿Entonces, vos os casariais para tener paz? ¿Sois entonces un egoista? ¿Vos no os atareis á nadie como yo, por abnegacion?

—¡Sí, á fé, orgullosa! pero con la sola esperanza de una abnegacion útil, de estas abnegaciones ciegas, obstinadas, generosas á no dudar, pero insensatas, puesto que no sirven más que para aumentar el número de personas que idolatramos y hacer que nazca en ellas, á pesar de ellas muchas veces, la funesta enfermedad del egoismo. Si vuestro hermano tiene algo de loco, no dudeis que teneis en ello parte de culpa, y si Tonino es un chico excelente, es que vos no habeis podido evitar que lo fuera. En cuanto á mí, he tenido, ó mejor, he sido un poco como vos; he perjudicado y desgastado, por consiguiente, los objetos de mi predileccion, y cuando he querido reparar el mal, ha sido ya tarde.

He tenido falta de prevision; me ha faltado ascendiente. El hombre que se os acerque en la esperanza de dulcificar las asperezas de vuestro carácter, llegará tal vez también demasiado tarde, y no hará otra cosa que exasperaros.

¿Gustarías de un hombre tan poco serio que quisiera poseeros al precio de su tranquilidad y de la vuestra?

—Hablais de tranquilidad á quien no sabe lo que es. Desde que vine al mundo no he descansado ni una hora.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
6
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Este ha sido vuestro error. Que quien no descansa de cuerpo, es bueno mientras este no se lo exige, pero es preciso descansar de espíritu y de corazón en un lecho de verdad, y en un baño de caridad. Sin esto, se vuelve uno loco, y los locos son siempre temibles.

—¿Esto quiere decir que tengo razón diciendo: que nadie puede amarme no siendo yo amable?

—¿Porque me ocultareis la verdad, puesto que es útil? Volveos amable y conoceréis entonces la dicha de ser amada.

—¡Sin embargo, existe ese pobre Tonino que me ama tal cual soy, vos lo habéis dicho!

—Y lo repito; pero os ama con el instinto, y vos no se lo teneis en cuenta, puesto que le teneis desconsolado.

—Es verdad, tiene solo un algo más que la amistad de un buen perro. El afecto que yo he soñado en otros tiempos, era en realidad más completo y más elevado que esto. Pero, he renunciado viendo que no puedo inspirarlo.

—No debéis renunciar. Modifícaos.

—¿Es esto posible?

—Indudablemente, estando uno persuadido de que le hace falta.

—Lo estoy ahora; y tanto es así, que lo probaré.

Y se marchó corriendo, desapareciendo enseguida entre las vertientes del descenso.

XIV

Un cuarto de hora después, al volver ya al recodo del ventisquero, la ví á buena distancia de mis piés, entre unas rocas, donde se creía sin duda, al abrigo de toda mirada. Estaba apoyándose en una de aquellas rocas perpendiculares, en actitud meditabunda y desalentada. Su vestido rojo y blanco destacaba vivamente sobre el fondo verdoso, y su airosa figura parecía el hada de la gracia; pero al parecer de súbito que me había visto, precipitóse bruscamente por las quebradas. Ya no la ví más.

No me había dicho ciertamente la verdadera causa de su pesar; en el supuesto de que su carácter era delicadísimo, no me había atrevido á interrogarla. ¿A qué atribuir aquella súbita necesidad de un espíritu altivo, sino á una necesidad de amor combatida por largo tiempo? Advertí una cosa evidentemente cierta, y es que yo no le había dicho una palabra de lo que debía decirle para conducirla á una expansión que la hubiera calmado. No había estado sino como cualquier razonador pedante, cuando debiera haber sido un bueno y paternal amigo